

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO  
CONCERTADO

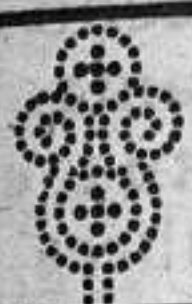
FRANQUEO  
CONCERTADO

Precio de suscripción  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

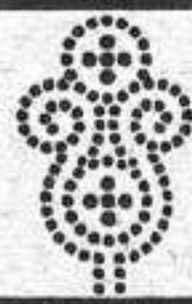
"Este precepto os doy: Amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 1.º  
GIJÓN



## ¡BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU!



El señor se aburre.

Se aburre como ayer, como anteayer, como se aburrirá mañana... ¿Por qué?

¡Vaya usted a saber!

Es libre, es rico, su caja está bien llena, tiene fincas de recreo y tierras de labor, tiene amigos, tiene criados...

Y sin embargo, el señor se aburre.

Todos los días, a la una, después de almorzar, se hace la misma pregunta:

—¿Qué haré hoy?

Y todas las noches, vestido y reluciente de nuevo, el coche ya a la puerta, torna a preguntarse:

—¿A dónde?...

Mas en los días en que él se cree atacado por el reuma, en esos días negros—¡horror de los horrores!—ni las novelas de su biblioteca, ni las mil chucherías de sus salones, ni el tibio recogimiento de su alcoba bastan para apartar de él ni un átomo de *spleen*.

Como una sombra mustia va arrasando su curva de la felicidad—su pobre curva sin trabas, desbordada del todo—por entre los tibores traídos del Japón, por delante de los dorados espejos, fríos, inmensos.

Y el señor, por una tontería, llama a un criado, y vuelve a llamarlo al poco rato... y hojea un album, y lo tira al momento... y se sienta junto a un balcón que da a la calle, y se aparta de allí más aburrido aún... y sale a la galería de cristales que da sobre el jardín, y sus ojos tristes miran insensibles el verdor nuevo y brillante de los árboles, y el agua juguetona del surtidor y los rosales que ya florecen y el cielo de un azul intenso...

Al mismo jardín, pero muy altas, huyendo del fastuoso orgullo de los miradores, muy lejos de éstos, sobre el tejado, humildes y pequeñas se abren muchas ventanas. Algunas de ellas, por estar fronteras, aún las ve desde su encierro el pobre rico.

Y una de ellas, una ventanita blanca y llena de verdor atrae con insistencia sus miradas. Es un diminuto jardín colgante, no tan magnífico—¡claro está!—como aquellos de Babilonia, pero tal vez más alegre, más amado, más íntimo.

¿Como podran caber tantas macetas en tan poca ventana?

Y por la costumbre de mirar hacia aquel sitio un día y otro día, el señor pudo hacer el enorme esfuerzo de preguntarse quién podría vivir allí.

Debía saberlo, eran inquilinos suyos. De aquellas alturas bajaba también un tenue y casi despreciable hilillo de renta, pero renta al fin.

—¿Quién vivirá?, Juan el cochero no será; sus ventanas son esas del rincón... ¿Aquella mujer coja que se empeñó en esperarme en el patio para hablarme?... No; me acuerdo que me dijo que su ventana no daba a este lado... El administrador sabrá...

Pero no se lo preguntó, no quiso preguntarlo a nadie, sino que—¡oh inexplicables caprichos del tedio!—él mismo, él mismo, se fué a la escalera y echó a subir por ella, venga a subir, venga a subir...

Todo el tráfigo de la pequeña habitación se condensaba en aquella hora del día.

Mientras su hombre, en el fondo de la alcoba, se lavaba y se limpiaba un poco antes de sentarse a comer, mientras la gente menuda volvía de la escuela, ella, diligente, afanosa, iba del hogar a la mesa, de la mesa al hogar...

De pronto sintió llamar a la puerta. No, sus pequeños no eran, ellos no tenían aquel llamar tan manso.

Limpiándose las manos con el delantal, salió a abrir... ¡Cielo santo! ¡El amo por aquellas alturas!

—¡Manuel! ¡Manuel!—gritó, después de saludar al recién llegado—sal pronto.

Salió Manuel, y su traje de obrero, su juventud, su vigor, contrastaron vivamente con la ropa del rico, con su juventud lacia... contrastaron para aparecer más noble la ropa del obrero, para que venciesen en lozanía y en la vida sana y creadora la frente y el pecho y las manos del hijo del trabajo.

—Subía a ver vuestro jardín—dijo el señor.

—¡Nuestro jardín!—exclamó sin comprender el matrimonio.

—Sí, las macetas.

Y aquel rico que, allá abajo poseía un grande y bien cuidado parque, que tenía una infinidad de plantas raras bajo los cristales de sus invernaderos, que disponía de los mil caprichos de la moda y del lujo, se acercaba ahora ansioso a una ventana para mirar de cerca unas pobres macetas, unas flores que tan solo florecen cuando los humildes las cuidan y las riegan.

—Dile, Carmen, lo que son—dijo el obrero.

—No valen nada, señorito... ¡Por Dios, qué vergüenza me da que se fijen sus ojos en eso que no lo merece!—exclamó Carmen.—Esto es geranio, esto una clavellina que da claveles de tres colores, esto es zarza de San Francisco, da flores sin espinas y ¿ve usted? ya casi ha rodeado en arco toda la ventana, en esta maceta tengo madre-selva, y en esta albahaca, en esa que está colgada hay violetas y una enredadera...

El señor contemplaba extasiado, contemplaba las flores que allí parecían más brillantes, la luz, que lo inundaba todo más cegadora, el cielo, que se abría más profundo y más azul; y si volvía sus ojos hacia dentro, veía la habitación como el se la había imaginado, limpia, ordenada, riente, inundada de sol...

—Vivís muy altos...—se le ocurrió decir.

—¿Qué quiere usted?—contestó Carmen.—Los pobres somos como las hierbas que trepan. Necesitamos subir y subir para poder vivir... Sólo arriba encontramos el sol y el aire que nos hacen felices...

—Sois felices, pues?—preguntó tímidamente el amo.

Y se calló. No tenía que preguntarlo. Lo veía en aquellos rostros jóvenes y animosos, lo palpaba en aquel ambiente de honradez y de paz.

Y si ellos se hubiesen atrevido, le hubiesen respondido así:

—¿Que si somos felices? ¿No ve usted el adorno de nuestra casa? ¿no ve el lujo de que gozamos, el lujo permitido a los más humildes...? Tenemos el *trabajo* por herencia, trabaja la mujer cuidando de la casa, trabajan

los hijos en la escuela, trabaja el hombre en su taller... Vea usted ese enorme reloj antiguo, que era ya de los abuelos, él reglamenta la labor de esta casa, él es el ritmo de nuestra vida, al cual todos nos sujetamos para levantarnos exactamente, para ir al trabajo, para comer, para dormir... Tenemos el silencio, que ni las voces de los niños interrumpen, pues el charlar de ellos es silencio también... De él nacen la calma íntima de la familia, la paz con los que viven junto a nosotros. Nada de fiestas derrochadoras que avientan en un día lo conseguido en un mes o una semana, nada de diversiones ostentosas y complicadas... La dicha no está fuera, está aquí dentro, y para gustarla tenemos que estar unidos todos... Tenemos alegría, vedla simbolizada en esas flores, vedla convertida en luz para nuestros ojos y en esfuerzo para nuestros brazos. Si no fuera por ella ¡cómo sería posible sufrir este destierro...! Tenemos religión... ¿No la veis en el Crucifijo que preside nuestro lecho, en el ramo bendito que lo cobija, en la pila de agua bendita que cuelga de nuestra cabecera, en los mil recuerdos de Dios y de la familia que penden de las blancas paredes...

No, no lo dijeron así, pero en su ademán, en su mirar, en todo cuanto allí poseían, pudo leer eso y mucho más el fastuoso señor; pudo conocer el manantial de donde las aguas de la felicidad brotaban para aquella familia de obreros tan puras y abundantes.

Se oyeron risas por la escalera y luego junto a la puerta. Ahora sí que eran ellos, ahora sí que venían los pequeños.

Eran una niña y dos niños, tres pimpollos, el gozo cumplido.

—Salud al señor—dijo la madre.

Y ellos, recelosos, lo saludaron.

—¿Ya venís a comer?—les preguntó el amo, por preguntarles algo.

—Sí señor—contestaron, elevando hacia él sus ojos ingenuos.

—Que no os falte nunca el pan—murmuró el rico.

—Mientras haya salud y trabajo...—dijo el obrero.

—Mientras haya Dios—rectificó la madre.—El no deja a los suyos.—Ahora hasta con abundancia nos sustenta.

Nuestras almas y nuestros cuerpos, nuestra vida entera está en las manos de Dios ¡que es tan Padre!...

—Sí, sois felices—tornó a decir con voz velada el rico.

Y luego se acercó de nuevo a la ventana, y desde las alturas de aquel diminuto jardín de paz, contempló el suyo grande, soberbio, allá abajo, y colgando sobre él las encristaladas y anchas galerías, su enorme jaula de oro... y le acometió de nuevo la tristeza al pensar que de nuevo tenía que bajar hasta allí.

Y mientras iba descendiendo por aquella escalera interminable, a medida que iba dejando atrás la luz, se le iban ofreciendo a la memoria unas

misteriosas palabras que aprendió de niño en el colegio, palabras que jamás entendió y que ahora—¡cosa más rara!—se le ocurrían sin saber cómo ni por qué.

*Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los limpios de corazón, los pacíficos...*

J. LE BRUN

## La Visitación de Nuestra Señora

### Coloquio de Jesús y Juan Bautista

—Te presento, Jesús, salto de gozo; siento tu bendición con alborozo; tu visita agradezco con amor, mi futura existencia es para Ti.

Dí que quieres de mí  
—Serás mi precursor.

—No naciste y ordenas mi existencia; no nací y te rindo ya obediencia.

¡Mi Dios, mandas en mí!—suplicó Juan—  
¿Dónde podré volver a verte yo?

Y Jesús contestó:

—Te espero en el Jordán.

*Bermenegildo Rodríguez*

## EL SACERDOTE

Hay en cada parroquia un hombre, que se le llama como testigo, como consejero, como agente en los actos más solemnes de la vida, que toma al hombre en el seno de la madre y no le deja sino en la tumba; que bendice y consagra la cuna, el tálamo conyugal y el lecho de muerte; un hombre que los niños se acostumbran a venerar; que los desconocidos mismos llaman «mi padre», a los pies del cual, los cristianos van a dejar sus reconocimientos más íntimos, sus lágrimas más secretas; un hombre que es el consuelo de todas las miserias del alma y del cuerpo; el intermediario obligado de la riqueza y de la indigencia; que ve al pobre y al rico golpear, indistintamente, a su puerta; que no siendo de ningún rango social, pertenece igualmente a todas las clases; un hombre, en fin, cuya palabra cae de lo alto sobre las inteligencias y sobre los corazones con la autoridad de una misión divina...

\* \* \*

El cristianismo es una filosofía divina escrita en dos maneras: como historia en la vida y la muerte de Cristo, como preceptos, en las sublimes enseñanzas que ha llevado al mundo. Estas dos palabras del cristianismo, el precepto y el ejemplo, están

reunidas en el nuevo Testamento o Evangelio.

El sacerdote debe tenerlo siempre en la mano, siempre bajo los ojos, siempre en el corazón. Un buen sacerdote es comentario viviente de este libro divino.

No hay verdad moral y política que no esté en germen en un versículo del Evangelio; todas las filosofías modernas han comentado alguno y lo han olvidado enseguida; la filosofía ha nacido de su primero y único precepto: la caridad.

Las leyes se han suavizado, los usos inhumanos se han abolido; las cadenas han caído, la mujer ha reconquistado el respeto en el corazón del hombre. A medida que su palabra ha repercutido en los siglos, ha hecho desplomarse un error o una tiranía, y se puede decir que el mundo actual entero, con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones, sus esperanzas, no es sino el Verbo evangélico más o menos encarnado, en medio de los niños, a los cuales enseña a balbucear el Catecismo, ese código vulgar de la más alta filosofía, ese alfabeto de la sabiduría divina, y sus estudios en serio, entre los libros.

Por la tarde, cuando el mayordomo ha tomado las llaves de la Iglesia; cuando el Angelus ha sonado en la campana de la aldea, se puede ver algunas veces al Cura con su breviario en la mano, ya bajo los manzanos de su huerto, ya en los senderos de la montaña, respirando el aire de los campos; ora detenerse para leer un versículo de las poesías sagradas, ora mirar al cielo o al horizonte y descender a pasos lentos en la santa y deliciosa contemplación de la Naturaleza y de su Autor.

He ahí su vida y sus placeres: sus cabellos emblanquecen, sus manos tiemblan al alzar el cáliz, su voz cascada no llena ya el santuario, pero repercute todavía en el corazón de su rebaño. Muere; una piedra sin nombre marca su sitio en el cementerio, cerca de la puerta de su Iglesia. ¡He ahí un hombre olvidado para siempre! Pero este hombre ha ido a reposar en la eternidad, donde su alma habitaba de antemano, y ha hecho aquí abajo, lo mejor que había de hacer; ha continuado su dogma inmortal, ha servido de eslabón a una cadena inmensa de fe y de virtud, y dejado a las generaciones que van a nacer, una creencia, una ley, un Dios.

A. DE LAMARTINE

## Correspondencia administrativa

Srta. P. G.—La Coruña. Pagó hasta la primera quincena de marzo de 1946.

D. B. O.—Mallorca. Pagó fin de julio de 1946.

D. A. M.—S. de Béjar (Ávila). Pagó fin de abril de 1945.

D. M. D. de V.—Oviedo. Pagó fin abril de 1946.

DONATIVO.—Por el alma de D.<sup>a</sup> O. V. se han recibido para nuestra propaganda pesetas 50.—Descanse en paz.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La fama de Jesús de Nazaret crecía de día en día. A su paso las multitudes, sintiendo la presencia de lo extraordinario, le aclamaban y le seguían, invocando unas veces la salud, otras veces la fe y no pocas también el perdón y la palabra llena de consuelo con que el Maestro se adueñaba de los corazones.

... y en aquel tiempo... al entrar en un pueblo cierto día, salieronle diez leprosos, los cuales se pararon de lejos y levantando la voz le dijeron: ¡Maestro, ten compasión de nosotros!

Su enfermedad les condenaba a vivir separados de la sociedad y tan sólo la compañía de otros enfermos podía mitigarles su triste soledad. Por eso clamaban al Maestro de lejos, quien al verlos no pudo menos de condolerse y les dijo:

—“Id y presentaos a los sacerdotes.

“Y ocurrió que mientras iban quedaron limpios.

“Entonces, uno de ellos, viendo que había quedado limpio, volvió glorificando a grandes voces a Dios. Y derribose a sus piés con la frente hasta el suelo; dándole gracias.

“Y Jesús hablándole, dijo:—¿No han sido limpiados los diez?, pues donde están los nueve?. No ha habido quien vuelva a dar gracias a Dios sino éste extranjero?.

Infinitos son los beneficios que recibimos de Dios a diario. La honradez de nuestros padres, nos autoriza a vivir en la sociedad apreciados por nuestros semejantes, el trabajo con el cual ganamos el sustento de nuestra familia, nos permite atender nuestras mínimas necesidades. La salud llena nuestra casa de optimismo y alegría facilitando la solución económica de la vida. La fe mitiga las contrariedades y desgracias que el transcurso de los años forzosamente ha de ir encontrando nuestro peregrinar por el mundo. La esposa honrada y buena con la cual Dios ha querido premiarnos para mejor cumplir nuestro destino y nuestra misión en este valle de dolor, es el medio mejor para asegurarnos nuestra salvación eterna, pues dice una leyenda de tiempos antiguos, que la mujer no entrará en el cielo sino lleva a su esposo de la mano.

Y esos hijos que alegran el hogar cristiano, sanos de cuerpo y con sus corazones abiertos a la fe, esperando la semilla del amor que la oración va depositando día a día, para germinar en un mañana nunca lejano en nuevas espigas... y nuevos frutos.

Y esta bendición de Dios que significa el extraordinario beneficio de haber nacido en España, tierra en la cual la fe no ha podido ser contenida en sus fronteras y ha saltado más allá de los mares, y ha podido mantenerse por esa misma fe religiosa apartada siempre de las grandes catástrofes internacionales, quedando en el mar tormentoso del mundo como nueva arca que contiene el único Código que podrá salvar al género humano del caos y de la destrucción.

Y sin embargo... no nos postramos agradecidos ante Dios, olvidando los favores que de continuo recibimos de lo Alto. Recogemos el don con el cual se nos favorece y no caemos de rodillas para agradecer la distinción con que se nos alegra la vida.

¿No veis cerca de nosotros ese niño paralítico, que un pecado tal vez ajeno, tiene inmovilizado en la cama del dolor, esperando resignado la muerte como única esperanza de salvación?. Pudiera ser nuestro hijo.

¿No veis también ese marido infiel, que olvidando sus deberes y arrastrado por una pasión y un ambiente social, llena de oprobio la casa, y tiñe de vergüenza y de pena el rostro de su mujer y de sus hijas?. Pudiera ser vuestro esposo.

¿No veis esa mujer frívola, de vestir provocativo, de costumbres poco femeninas, *alternando en sociedad*, mientras su marido y sus hijos tienen que soportar la sonrisa irónica y mal intencionada de sus compañeros y amigos?. Pudiera ser vuestra esposa.

¿No veis, la desgracia de ese hombre que los vaivenes de la política arrojaron como escoria a una prisión lejana, separándolo de su familia años y años, destruyendo su vida y la de los suyos?. Pudiera ser vuestro esposo, vuestro hijo, vuestro hermano...

No veamos en nuestra cruz demasiado peso. Todos hemos de padecer algo para ganar también ante los ojos de Dios. Cuando no padecemos verdaderas y grandes desgracias, nos parecen extraordinarias las pequeñas contrariedades de la vida, pero en esos momentos miremos a nuestro alrededor y contemplemos al niño paralítico que se muere lentamente cerca de nuestra casa, al marido infiel que llena de oprobio a la esposa y a los hijos, a la mujer frívola que nos hace mirar con lástima al marido sin carácter y a los hijos abandonados, y al desgraciado que pasa las horas tristes del destierro muy lejos de los suyos.

Demos gracias a Dios que de El recibimos a diario inmensos beneficios. Su mano está abierta de continuo derramando bendiciones y no podemos negarle el agradecimiento porque a El se lo debemos todo. Nuestras pequeñas cruces con la inmensa ayuda de la fe pueden hacernos un enorme servicio si sabemos llevarlas como Simón de Cirene por las calles de Jerusalén.

Sólo uno de los diez leprosos volvió a Jesús para agradecerle el inmenso beneficio de la salud recuperada. El resto olvidaron el favor cuando la salud rodeó de felicidad su vida. Sólo habían implorado al Señor cuando la desgracia pesaba excesivamente sobre sus hombros.

Y Jesús dirigiéndose al extranjero que humillado a sus piés le daba gracias por haberle devuelto la salud, le dijo:

—“Levántate y vete; tu fe te ha salvado”.

R.

**Prefiere la pobreza en el seno de la justicia a la abundancia que procura la iniquidad.**

Teognis.

## Valor de las medianías

En el mundo de las cosas como en el de las personas no hay nada que, de una o de otra manera, no sea aprovechable. Un clavo no servirá para hacer una corona, pero sirve para sujetar la suela de un zapato.

Hay quienes desprecian a las personas mediocres y a las medianías intelectuales y artísticas, creyendo que no deben intervenir en la sociedad ni en la cultura, como si en la cultura y en la vida social las medianías no tuvieran ninguna misión que llevar a cabo.

Es verdad que sólo los grandes talentos o, más concretamente, los genios son los creadores de cultura y los que hacen avanzar la civilización; pero no es menos cierto que son las medianías las que pulimentan la cultura y la ponen al alcance del vulgo, demasiado bajo para remontarse a las alturas del genio. Las medianías podemos decir que son los intermediarios de la cultura.

La ciencia, la filosofía y el arte son patrimonio de la humanidad y no de una minoría privilegiada, y si hay una ciencia, una filosofía y un arte para las minorías selectas, también hay un arte, una ciencia y una filosofía del pueblo. Homero, Virgilio, el Dante, Lope de Vega, Calderón, son manjares demasiado divinos para el gusto sencillo del vulgo; pero el vulgo tiene derecho a tener sus poetas, y a falta de un Homero o de un Shakespeare, que él no comprendería, ha tenido un Calainos y un Mingo Revulgo. Nadie se atreverá a decir que estos sencillos copleros y romancistas no han llenado un papel cultural de la mejor valía.

Si solamente se permitiera actuar en los teatros a artistas geniales como Talma o María Guerrero, el pueblo se vería privado de un placer a que tiene perfecto derecho. Es necesario que haya también cómicos de la... legua, que alegren la soledad de las plazas aldeanas y rompan de vez en cuando, con el ruido de la farándula, la desesperante monotonía de la vida pueblerina.

A Menéndez Pelayo no le iban ustedes a emplear, sacándole de sus altas especulaciones científicas, en el sencillo menester de enseñar el silabario a los párvulos de una escuela de aldea, y sin embargo, los párvulos de la escuela de aldea necesitan un maestro que les inicie en el camino de la cultura.

Es natural que los grandes oradores ocupen solamente las tribunas de las grandes ciudades o los púlpitos de las catedrales; pero hacen falta también Demóstenes del pueblo, oradores de cero noventa y cinco, que lleven el pan de la verdad a las humildes aldeas y a las multitudes ignorantes.

La música de Mozart, de Beethoven, de Wágner y de Rossini está hecha para los públicos selectos de las ciudades; pero al pueblo quizá le guste más la melodía pegadiza de una canción verbenera o la musiquilla cascabelera de un bailable, y hacen falta artistas mediocres que le den ese gusto.

No hay que despreciar a las medianías, Cumplen su misión como la cumplen los talentos y los genios. Lo único de que hay que cuidar es de no trastornar las categorías; que un simple coplero, por haber hecho unas coplas bonitas o unos romances pasables, se crea un Homero o un Lope de Vega; o que un musiquillo que ha compuesto un bailable mire por encima del hombro a un Mozart o a un Wáagner. Cada cual en su sitio.

**Fr. Gumersindo de ESCALANTE**  
O. F. M., Cap.

**COMENTANDO**

**UN SUEÑO**

A mi sobrina Mary Luz

Desembocaban en la Plaza Real de la populosa, elegante y coronada Ciudad, siete grandes avenidas. Era la Plaza Real de maravilloso aspecto, tanto por la enorme extensión de terreno que ocupaba, como por lo regular de su trazado semi-circular, como por la vistosidad de las siete regias avenidas que en ella confluían, como finalmente, por la grandeza majestuosa de sus soberbios edificios, sobre todo el Palacio Real que ocupaba todo el frente recto de su diámetro.

Un tumultuoso griterío se escuchaba por las siete avenidas. Los chillidos femeninos, estridentes y destemplados, sonaban a motín: y la espantosa confusión de sus

voces cubría el ruido de los veintiún cañonazos que en aquél instante los Artilleros Reales, disparaban festejando el santo de su Soberana.

De pronto por las siete avenidas, llegan a la anchurosa Plaza siete manifestaciones, como siete trombas de aire. Asperos movimientos; gestos de rencor y voces infernales. Porque todo aquel diabólico desbarajuste, era formado por las riadas crecientes de las siete manifestaciones femeninas.

Al poco, la Plaza Real era un gusanero de cabezas locas, y de carteles y gritos de protesta. La Guardia de Palacio tomó precauciones y los chillidos se hicieron más claros:

—¡Que salga la Reina! Que salga la Reina!

También los carteles que portaban eran de censura contra S. M. Pedían que se derogase una Ley, y esta petición estaba rubricada por los ademanes y los gritos de miles y miles de mujeres.

Todo esto ocurría, queridos lectores, en el Reino de su Graciosa Majestad: la Moda.

Asustada S. M. de aquél aspecto de subordinación y de rebeldía, demostrado por primera vez en sus Estados, hasta entonces fieles y sumisos en acatar sus Reales Disposiciones, permanecía temblorosa sin atreverse a salir, como de costumbre, en tan señalada fecha, al balcón principal de Palacio. Y al fin, lo tuvo que hacer ante la insistencia de las manifestantes. Los pitidos se hicieron más estri-

denes y los brazos de tantas mujeres, se agitaron en el aire como un huracán amenazador. La Soberana hizo un ademán con su diestra mano y un silencio absoluto dió sensación de sordera en todos los oídos.

—¿Qué quereis? dijo S. M. la Moda.

—Queremos que se derogue la Ley de tal fecha, que nos impone la existencia obligatoria del sentido común...

En esto, desperté. Supongo que la Soberana haya accedido. A los pies de mi cama, ya que Dios no me dió hijas, mi sobrina del alma esperaba a que despertase para dedicarme una salutación muy poco angélica:

—Querido tío: ¿Cuándo me compras una cartera de las que tu llamas de tranviario, unas gafas a la moderna y... ¡una bicicleta!...

HERO

**Solución al crucigrama núm. 14, por Morán**

**HORIZONTALES.**—1. Amargados.—2. Amiga. Rural.—3. Late. Rito.—4. Unase.—Tecla.—5. An. Onces. Ar.—6. T. Cor. 1.—7. Al. Risco. Ca.—8. Dotar. Meldo.—9. Loro. Eolo.—10. Rasos. Artos.—11. Chimpancés.

**VERTICALES.**—A. Alentador.—B. Amasa. Charol.—C. Mita. Tosí.—D. Onega. Molar.—E. Ra. Uncir. SP.—F. G. Cos. A.—G. Ar. Terco. An.—H. Dures. Credo.—I. Ciro. Lote.—J. Altas. Celos.—K. Loaríamos.

**Jeroglífico núm. 17, por Morán:**


1000 1 50 500 N : 500 NOTA NOTA NOTA S

¿Cómo está económicamente?

**CESAR A. PRIETO**  
**PINTOR**

Dorado, pintura decorativa y lisa  
Dibujos y presupuestos gratis.  
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115  
GIJÓN

**PALACIOS** LIBRERIA  
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA  
— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. P. Vaticano y  
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

**JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA**

**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA · LANERÍA  
CONFECCIONES · ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

**CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN**

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO  
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO